

EL APARECIDO AZTECA:  
IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO EN EL  
NECRONACIONALISMO MEXICANO, 1893<sup>1</sup>

*Christopher Conway*  
*University of Texas, Arlington*

Como Orestes en la esquiliana trilogía, yo te digo:  
–Aquí estoy y te llamo, padre, escúchame.  
**Manuel Gutiérrez Nájera**  
("Al Maestro Altamirano: Neniae")

La muerte en la época moderna provoca un tipo de discurso nacionalista que podemos llamar necronacionalista. El necronacionalismo responde al dolor y a la ausencia por medio de la idealización de los muertos, cuyas vidas son transformadas en alegorías de la historia nacional y en códigos ejemplares<sup>2</sup>. Puesto que el necronacionalismo anula la vida privada de un sujeto y la sustituye con un texto público de fines mitológicos o didácticos, podemos considerarlo una ficción. En otras palabras, el necronacionalismo rechaza los discursos de la intimidad que pudieran privar a la nación de los significados públicos de una vida, y se adueña de los muertos en contra de intereses partidarios o sectarios que desmienten el mito de la armoniosa "comunidad imaginaria" de la nación. Es, a la vez, un discurso autoritario y metafísico; lo podemos denominar monumentalista porque construye la vida de un sujeto como un principio nacional eterno e incuestionable y es metafísico en su afán de posibilitar una íntima e intangible relación entre el ciudadano y el muerto.

El discurso necrológico que surgió en torno a la muerte de Ignacio Manuel Altamirano en 1893 subraya las maneras en que los vacíos producidos por su muerte fueron inscritos por el necronacionalismo. Las necrologías que se publicaron sobre Altamirano fundaron un discurso nacionalista dentro de la experiencia del duelo, particularmente en términos del indigenismo que había cundido entre pensadores mexicanos del periodo finisecular. Al coincidir la muerte de Altamirano con el período en que se debatía el valor de las leyes de instrucción pública y obligatoria, el escritor fue transformado en un indio ejemplar cuya vida subrayaba la posibilidad de redimir a la población indígena y absorberla dentro de

la nación. El notorio jacobinismo político del joven Altamirano permitió que se le representara como uno de los grandes símbolos nacionales del período: el guerrero azteca Cuahtémoc. Sin embargo, la asociación de Altamirano con la ira y fiereza de una raza indomable iba acompañada con una imagen radicalmente distinta, si no es que opuesta: la de un gran letrado clásico. Algunos comentaristas simplemente desdeñaron las contradicciones del compuesto de la frase indio/letrado y promovieron fórmulas transparentes sobre la redención nacional del indio. Otros se enfrentaron más directamente al problema de reconciliar los valores estéticos y filosóficos del Maestro con su herencia indígena. En las páginas que siguen, asentaremos las bases de nuestro estudio del necronacionalismo indigenista que se apoderó de la imagen Altamirano en 1893 mediante una reconstrucción de cómo el mismo escritor se había enfrentado a su propia imagen de "indio feo" durante su vida. A pesar del orgullo que sintió por su etnia durante su larga vida pública de orador, diputado, periodista y maestro, Altamirano nunca quiso convertirse en portavoz de su raza. Irónicamente, al arrebatarse su presencia física en el mundo, la muerte crea las condiciones para que se la sustituya con una moraleja sobre la redención nacional del indio.

### ***Ignacio Altamirano, indio feo***

Otros me ven desde lo alto de sus carruajes tirados por frisonas, pero me ven con vergüenza. Yo los veo desde lo alto de mi honradez y mi legítimo orgullo.

Ignacio Manuel Altamirano, 1869

La mitificación de Altamirano reunió elementos de la identidad étnica de Altamirano que habían circulado desde el comienzo de su vida pública. Si podemos hablar de una historia pública sobre la etnia de Altamirano, sería la de un gran hombre atrapado en la fisonomía de un "indio feo". A principios de 1873 el redactor del periódico cubano *Voz de Cuba*, José Triay, visitó México y conoció a muchos escritores y figuras públicas, incluyendo a Ignacio Manuel Altamirano, cuya obra literaria admiraba mucho. En una carta a su periódico, que fue reimpresa en un periódico mexicano en febrero de 1873, Triay escribe que Altamirano le había dicho que "se enorgullece de ser feo, y de poseer la espléndida fealdad de la raza azteca..." ("Cartas mexicanas" 2). Triay subraya que la mirada del Maestro tiene "ese sello de inteligencia que revela lo que es, y hay en su rostro rasgos que se separan de su opinión." Aunque no es bello, escribe Triay, la inteligencia y cultura de Altamirano lo "transfiguran" convirtiéndolo en un hombre de belleza espiritual ("Cartas mexicanas" 2). Si nos atenemos a los recuerdos de uno de los alumnos de Altamirano, podemos afirmar que éste se refirió a